POBRECITO

HABLADOR.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

N.° 8.°

El Castellano Viejo. — Robos decentes.
Artículos del Bachiller.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Diciembre de 1832.

Se hallará con los números anteriores en la librería de Escamilla, *calle de Carretas.*

EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el órden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares un solo dia para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento mas sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenian adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites, á que pareceria el negarse grosería, ó por lo menos ridícula afectacion de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo

riendo como un pobre hombre de mis propias ideas, y moviendo maquinalmente los labios; algun tropezon me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; mas de una sonrisa maligna, mas de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situacion de mi espíritu, ¿qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis dos hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

Una de esas interjecciones, que una repentina sacudida suele, sin consultar el decoro, arrancar espontáneamente de una boca castellana, se atravesó entre mis dientes, y hubiérale echado redondo á haber estado esto en mis costumbres, y á no haber reflexionado que semejantes maneras de anunciarse, en sí algo exageradas, suelen ser las inocentes muestras de afecto ó franqueza de este pais de *exabruptos*.

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creido hacérmele mas que mediano, dejándome torcido para todo el dia, traté solo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás, ¿*quién soy*? gritaba, alborozado con el buen éxito

de su delicada travesura.—¿*Quién soy*?—*Un animal irracional*, iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podria ser, y sustituyendo cantidades iguales, *Braulio eres*, le dije. Al oirme suelta sus manos, rie, se aprieta los hijares, alborota la calle y pónenos á entrambos en escena.—¡Bien, mi Bachiller! ¿Pues en qué me has conocido? — ¿Quién pudiera sino tú... — ¿Has venido ya de tu Vizcaya? — No, Braulio, no he venido. — Siempre el mismo génio. ¿Qué quieres? Es la pregunta del batueco. ¡Cuánto me alegro de que estés aqui! ¿Sabes que mañana son mis dias? — Te los deseo muy felices. — Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: *el pan pan, y el vino vino*; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos; pero estás convidado. — ¿A qué? — A comer conmigo. — No es posible. — No hay remedio. — No puedo, insisto ya temblando. — ¿No puedes? — Gracias. — ¿Gracias? *Vete á paseo.* Amigo, como no

soy el Duque de F., ni el Conde de P.... — ¿Quién se resiste á una alevosa sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano? — No es eso, sino que... — Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos; en casa se come á la española, temprano. Tengo mucha gente; tendrémos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla. — Esto me consoló algun tanto, y fue preciso ceder: un dia malo, dije entre mí, cualquiera le pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. — No faltarás, si no quieres que riñamos. — No faltaré, dije con voz exámine y ánimo decaido, como el zorro que se revuelve inutilmente dentro de la trampa donde se ha dejado cojer. — Pues hasta mañana, mi Bachiller; y me dió un torniscon por despedida. Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembra-

do, y quedéme discurriendo cómo podian entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo órden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta, que tiene una cintica atada al ojal y una crucecita á la sombra de la solapa, que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educacion mas escojida y modales mas suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del estrangero por un dedo de su pais. Esta ceguedad le hace adoptar todas las

responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razon, defiende que no hay educacion como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las mas deliciosas de todas las mugeres: es un hombre, en fin, que vive de esclusivas, á quien le sucede poco mas ó menos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas solo porque tuvo un querido que llevaba una escrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle pues de estas conveniencias sociales, de estos respetos mútuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa harmonía, diciendo solo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un

resentimiento se le *espeta á uno cara á cara*: como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya se sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguage de la finura es para él poco mas que griego; cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que asi se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusion, hombre de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporacion con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de alguna mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*; y que cuando se hallan en sociedad, por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en rea-

lidad ni saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocia ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise sin embargo escusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un dia de dias y en semejantes casas: vestíme sobre todo lo mas despacio que me fue posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados mas cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en

blanco los necios cumplimientos que se dijeron al señor de los dias; no hablo del inmenso círculo con que guarnecia la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer mas frio que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí el señor de X., que debia divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tambien habia de cantar y tocar estaba ronca en tal disposicion que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenia un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

Supuesto que estamos los que hemos de comer, esclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mia. — Espera un momento, le contestó su espo-

sa, casi al oido; con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro, y... —Bien, pero mira que son las cuatro... —Al instante comeremos. — Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

Señores, dijo el anfitrion al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza: en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah! Bachiller, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y ademas estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches. — ¿Qué tengo de manchar? le respondí mordiéndome los labios. — No importa, te daré una chaqueta mia; siento que no haya para todos. — No hay necesidad. — ¡Oh! sí, sí; ¡ mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá. — Pero Braulio... — No hay remedio; no te andes con etiquetas; y en esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la

cual solo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirian comer probablemente. Díle las gracias: ¡al fin el hombre creía hacerme un obsequio!

Los dias en que mi amigo no tiene convidados se contenta para comer con una mesa baja, poco mas que banqueta de zapatero, porque él y su muger, como dice, ¿para qué quieren mas? Desde la tal mesita, y como se sube el agua de un pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando despues de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los dias del año, es pensar en lo escusado. Ya se concibe, pues, que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; asi que, se habia creido capaz de contener catorce personas que eramos una mesa donde apenas podrian comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la co-

mida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la mas fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distincion entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo asi, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los dias, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

Ustedes harán penitencia, señores, esclamó el Anfitrion una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys; frase que cre-

yó preciso decir. Necia afectacion es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella espresion mas verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. — Sírvase usted. — Hágame usted el favor. — De ninguna manera. — No lo recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí.— Perdone usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores, esclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aqui la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de estremadura; siguióle un plato de ternera mechada, que Dios

maldiga y á este otro y otros y otros; mitad traidos de la fonda, que esto basta para que escusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los dias, por una vizcaina auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo y por consiguiente suele no estar en nada.

Este plato hay que disimularle, decia esta, de unos pichones; estan un poco quemados. — Pero, muger... — Hombre, me aparté un momento y ya sabes lo que son las criadas. — ¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora mas al fuego! se puso algo tarde. — No les parece á ustedes que esta algo ahumado este estofado? — ¿Qué quieres? Una no puede estar en todo. — ¡Oh está escelente, esclamabamos todos, dejándonoslo en el plato, escelente! — Este pescado esta pasado. — Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; el criado es tan bruto! —

¿De dónde se ha traido este vino? — En eso no tienes razon porque es... — Es malísimo. — Estos dialógos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle contínuamente á su muger alguna negligencia; queriendo darnos á entender á todos entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetian tan amenudo, servian tan poco ya las miradas, que le fue preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora que á duras penas habia podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenia la faz encendida y los ojos llorosos. — Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenia. — ¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio,

iremos á la fonda y no tendrás...—Usted, señora mia, hará lo que...—¡Braulio! ¡Braulio! Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfia probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delizadeza, para lo cual no fue poca parte la manía de Braulio y la espresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que asi llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada mas ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la mas crasa ignorancia de las conveniencias sociales? ¿Que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que solo quieren comer con alguna mas limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenia hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos,

que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roido; el combidado de enfrente que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la autopsia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamas parecieron las coyunturas. Este capon no tiene coyunturas, esclamaba el infeliz sudando y forcejeando mas como quien caba que como quien trincha. ¡Cosa mas rara! En una de las embestidas, resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capon violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos mas felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fue general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de

caldo impulsado por el animal furioso saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular derrama un abundante caño de valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel, y para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa desciende como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon, color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las escusas; al volverse tropieza con el criado que traia una

docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el mas horroroso estruendo y confusion. ¡Por san Pedro! esclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal al paso que brota fuego el rostro de su esposa. — Pero sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí.

¡O honradas casas, donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dia de dias! Solo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay mas desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace pro-

bar el manzanilla esquisito, que he reusado en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin ¡ó última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion; roncas ya las voces piden versos y décimas y no hay mas poeta que el Bachiller. — Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pie forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pie: *A don Braulio en este dia.* — Señores ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No se sale de aqui sin decir algo. Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy las gracias, esclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aqui en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; librame de los combites caseros y de dias de dias; librame de estas casas en que es un combite un acontecimiento, en que solo se pone la mesa decentemente para los combidados; en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones; en que se hacen finezas; en que se dicen versos; en que hay niños; en que hay gordos; en que reina en fin la brutal franqueza de los castellanos viejos. Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un roastbeef, desaparezca del mundo el beefsteck, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental,

corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo pais, acaso de un mismo entendimiento no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentacion de incomodarse y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

ROBOS DECENTES.

Hánsenos comunicado las siguientes cartas.

Señor Munguía: soy aficionado á leer, y ademas gusto de comprar libros, cosa bastante rara en este pais, que usted con su acostumbrada malignidad suele llamar Batuecas. Tenia, pues, una pequeña biblioteca que me divertia no poco en mis ratos perdidos, y en la cual me miraba como en un espejo; pero es el caso que tengo por mi desgracia mas amigos que libros tenia. ¿Cómo se niega un libro á un amigo? En una palabra, yo he prestado mis libros con la mejor voluntad del mundo, pero si va á decir verdad con poco entendimiento: mis amigos, que no deben de tener mucha memoria, y sí mucha adhesion á todas mis cosas, no me han devuelto mis libros. Hánseme quedado unas

obras descabaladas, otras han desaparecido enteras, y si alguno me las ha restituido despues de largas súplicas al efecto y luengos plazos halas traido llenas de aceite, dobladas las hojas, rozadas las pastas, y con varios garrapatos, palotes y monitos del niño de la casa que está aprendiendo á escribir. ¡Libros de mi alma y amigos de todos los diablos! Me han dicho que en las Batuecas no soy yo el único á quien esto sucede, porque es costumbre no comprar libros mientras haya amigos que los tengan, y mas costumbre no hacer escrupulos de quedarse con los que á uno le prestan. ¿Es esto cierto, señor Bachiller, porque me escandaliza solo el pensarlo? ¿De qué puede nacer esta falta general de delicadeza?

Sírvase usted dar estos renglones al público por ver si lo leen mis amigos, aunque sea de prestado, como acostumbran, y picándose de pundonorosos vuelvo á encajonar mis tomos en sus nichos, de los cuales yo les aseguro que no volverán á salir.

De usted, señor don Juan, atento servidor. = *Mateo Pierdes.*

Las personas que no han adoptado todavia el sistema de devolver los libros que les prestan darán á esta carta una contestacion mas satisfactoria que la que nosotros pudieramos dar.

Señor Hablador: soy dueño de un café de los mas acreditados de esta Corte, y lleno de los mejores deseos he querido imitar á muchos de mis cofrades, procurando tener siempre á disposicion de mis parroquianos los muchos y buenos periódicos que en esta ilustrada Capital se dan á la luz pública. ¿Querrá usted creer, señor Hablador, que no se ha verificado un solo mes reunir el dia 30 todos los números? Pues no se le figure á usted que los tengo tirados por esas mesas á la merced de todo advenedizo: no señor; téngolos atados como locos, y sujetos á una tabla con su correspondiente candado; pues asi los arrancan y no diré que me los roben; nada de eso,

sino que se los llevan y nunca mas los vuelven á traer. ¿Es posible que sean los periódicos tan buenos, ó los hombres tan malos?

Sírvase usted insertar esta mera preguntilla en ese folleto, ó libelo, ó periódico, ó lo que sea, si es que se sabe lo que es. = *Frasco Botiller.*

Señor Bachiller: soy muy amigo de ir al teatro, y es muy raro por consiguiente el dia que á las diez de la mañana no tengo ya mi luneta en el bolsillo. ¿Querrá usted creer que no me acontece un solo dia encontrar mi asiento desocupado? Todas las noches tengo que desalojar al enemigo. Como soy algo malicioso he dado en observar y he echado de ver que hay una baraja de Batuecos que entran en el teatro sin billete, se sientan en una luneta con la esperanza de que aquella ó la de al lado, ó alguna, en fin, no tendrá dueño: van viendo á buena cuenta la funcion, se salen poco antes de recoger los billetes, y vuelven á entrar poco des-

pues de haberlos recojido. ¡Y si usted viera qué bien puestos y que galanes! ¿De qué podrá provenir esta especie de franqueza? Yo estoy aturdido de ver las economías que adoptan algunas personas en su modo de vivir! Tenga usted la bondad de hablar algo acerca de esto para ver si puede usted ahorrarme el trabajo de sonrojar todas las noches á un hombre *de honor*, y verificar el número y otras impertinencias de esta especie. Su afectísimo amigo.= *Simon Sinsitio.*

Piensan estos buenos Batuecos que se corrigen aqui las cosas con decirlas, ni de ninguna otra manera. ¡Pais incorregible! Los mas no lo leen. Los menos se contentan con esclamar ¡Es verdad! ¡Tiene razon! ¡Es mucho Bachiller! A nadie deja en paz; ¿pero enmendarse? *que se enmienden los demas, que yo no soy mas que uno.* Todos quieren ser esta escepcion. ¡Bienhaya la impenitencia!